

PLATICAS DOCTRINALES.

LA DEL AGUA.

En mi condición de cura de almas, debo imprescindiblemente de hablar algo respecto á la llamada por Don Leopoldo Batres *Diosa del Agua* y recién venida á México. Este nuevo culto, esta nueva heregía, merece bien que yo fulmine desde el púlpito los rayos de la cólera eclesiástica.

Niego, ante todo, que esa diosa sea tal diosa. Las únicas diosas que han quedado andan por ahí en las revistas y crónicas mundanas de Raul y de Titánia; son diosas de carne y hueso, diosas casadas, ó lo que es lo mismo, no son diosas. Pero diosas del antiguo ejército, diosas recibidas y con título, ya no hay. La última murió de hambre y de solterona, porque ya tampoco hay dioses. Cuando el Sr. Mateos escribió una comedia titulada *Los Dioses se van*, los que se iban eran los lerdistas; pero ya los dioses se habían ido. Los lerdistas volvieron, y los dioses, no.

De cuando en cuando suelo topar con alguna diosa ó algún dios; pero en efigie. Y tan á menos ha venido la citada familia, que ya los retratos de esos soberanos del Olimpo, hoy cesantes, sólo se encuentran en las pulquerías. Parece, pues, que Baco—*Dyonisos*, como lo llama en griego, para mayor claridad, el *Duque Job*—es el único que ha conservado una pequeña fortunita, y está sacando del empeño las efigies de sus próximos parientes.

Protesto en debida forma contra la divinidad de la señora del agua. ¡No hay más que un Dios, y Terrazas Joaquín es su profeta!

Ya el arconte Chavero, el que conoce la ciencia de los arcos, la misteriosa arqueología; Chavero el inmortal, no sólo porque es académico, sino porque lleva trazas de no morir nunca; Chavero el único, ha declarado terminantemente que no hay tal Diosa del Agua. Así me lo había manifestado antes, con entusiasta ateísmo, el Sr. Alegría; pero si á éste no lo creí bajo su palabra ó sobre su palabra, al Sr. Chavero sí lo creo, porque el Sr. Chavero es muy amigo del gobierno.

La señora del agua, á mi entender, es el retrato en piedra de alguna vieja cotorróna, de alguna de las niñas Manrubios conocidas y tratadas por los *otros aztecas*. Ella es fea; ella es cacariza; ella no tiene dientes; ella es muy carotona; ella no sirve para nada... y hasta pudiera ser que no fuera *ella* sino *él*. . . . ó ¡quién sabe! como dijo el otro—¿Qué es aquello?—Eso es tronco, lobo ó fraile mercedario.—

El Sr. Batres se enamoró de esta niña Manrubio y vino cargando con su piedrota desde San Juan Teotihuacán.

Ahora el problema es el siguiente: ¿qué haremos con la anciana del agua? Su puesto natural está en los baños del señor Dublán; pero allí no la quieren recibir. Se la regalaríamos al Sr. Frago para que él le encendiera una lámpara todas las noches y ella lo iluminara, advirtiéndole en dónde hay agua para apagar incendios; pero el Sr. Frago se hace el sordo cuando le hablan de eso. No le caería mal á la liga farmacéutica. . . le caería como pedrada en ojo de boticario. . . pero hay el peligro de que los señores farmacéuticos nos la

devolvieran en forma de pildoras. Tenemos, pues, que apechugar con ella!

Y ya con éste vamos teniendo muchos cachivaches inservibles. Frecuentemente nos sacamos la lotería del elefante! Tenemos el *Pabellón morisco*, que no es morisco ni es pabellón. Es una cosa hecha *ad hoc* para meterse dentro de ella y no ver nada. Para jaula es demasiado grande. . . . y aunque la convirtiéramos en jaula, no sería tal jaula sino el presidio, la Siberia de los pájaros. Para boliche no sirve, porque es redondo y tan obscuro que no se verían las bolas. . . . Por lo menos, yo nunca he visto la mía en los sorteos que se verifican allí. Para cárcel no le gustaría al Sr. Pérez de León. . . . De manera que dejaremos el Pabellón Morisco para uso de los moros que hace el Sr. Mateos con el único objeto de que atraviesen en sendas décimas, la Alcaicería, y le lleven algún recado á Don Jesús E. Valenzuela.

Dentro de poco tendremos en México el *Pabellón Azteca* que viene en busca de colocación. Este les gustó mucho á los franceses como objeto raro. A mí no me ha gustado. Dice el Sr. Peñafiel, no se sabe si en castellano ó en francés, que lo hizo con *materiales extraídos de sus libros*. Y tal dicho me consuela por un lado; por el otro, nó. Me consuela por el lado del papel. . . . quiero decir, porque un pabellón hecho con "materiales extraídos de libros" ha de ser de papel; y en consecuencia, muy barato y muy ligero. Pero me desconsuela esta noticia, porque, si es de papel ese famoso pabellón, no podría entrar á la República sin pagar millones de pesos á la aduana. Además, desde que he leído el "Papel Libre" del muy respetable Sr. Moncayo, me afirmo en la inquebrantable convicción de que se debe impedir, por

cuantos medios sean posibles, la entrada del papel. Papel y tinta son extranjeros perniciosos.

Sumando, pues, tenemos en campaña: un Pabellón morisco; un Pabellón azteca y una Diosa del Agua: mahometanos, idólatras, gentiles, y un pagano: el gobierno. Suma: cuatro heregías.

Ya sé que las cuatro son glorias nacionales; pero glorias que cuestan mucho á la Nación! ¡Todo lo inútil es lo más costoso! Nos cuestan mucho los generales en cuartel, los arqueólogos, los geólogos, los astrónomos, los poetas, los sabios, los moriscos, los aborígenes, las diosas, y ninguno nos sirve para nada.

En este momento y mientras pensamos en dónde ha de plantarse el pabellón azteca, lo urgente es decidir en qué empleamos á la señora del Agua.

¿No podría desaguarla el señor ingeniero Gayol? Puede ser que no; porque según refieren los periódicos, los ingenieros nombrados por el Ayuntamiento se han equivocado en no sé qué trazo y no pueden desaguar.

Hay, pues, que utilizar ese monumento como de piedra y no como de agua. Que le pregunten al Sr. Illanes si es de piedra, ya que está bien seguro que no es de agua, y luego que esté oficialmente petrificado, aprovechémoslo. Faltan piedras en las calles; van á faltar piedras en las cámaras. . . . ¡Esta es piedra, y sobre esta piedra edificaremos la iglesia del Sr. Terrazas!

Mi deseo es que este nuevo culto gentilico del agua no haga procéritos ni sectarios; el de convencer á mis oyentes de que esa señora, tan atrevidamente descubierta por el señor Batres, no es divina sino humana, ó lo que equivale á lo mismo, de piedra. Tengo fe en el buen resultado de mi predicación, porque el agua antipatiza á muchísimos en México. Los sabios, particu-

larmente los economistas, la desprecian. Los periodistas la aborrecen. Es de presumirse que dentro de pocos años lleve cada garrafón del precioso líquido este membrete: *Para usos secretos*.

Su diosa, pues, dado que la haya, carecerá de templo. Ya visteis, hermanos míos, cómo la llevaron al Museo, como quien dice al cuarto en que arrincona sus trebejos la República mexicana. Ya veis cómo nadie la quiere reconocer ni encuentra madre que la envuelva. Hasta el nombre ha perdido y hasta hay quien la llame *monumento viejo*.

Por ese camino, por el del agua, no hemos de ir al paganismo. La religión puede seguir dormida.

EL CURA DE JALATLACO.

LA DONCELLA DE ORLEANS

PANEGÍRICO DE LA SANTA
PRONUNCIADO EN LA IGLESIA UNIVERSAL DE MÉXICO.

Jamás, hermanos míos, llegó á tanto la crueldad de los herejotes franceses como en estos tiempos tristes. . . sí, tristísimos! No la otra doncella de Orleans. . . aquella que tenía caballo. . . Juana de Arco, padeció suplicios tan horribles como los que sufre ahora en la conserjería de París-- ¡en la conserjería!!! ¡con el portero. . .!— este joven é ilustre descendiente de sus padres, á quien por la pureza de su alma, por la hermosura de su rostro y por la virginidad de su espada, me he atrevido á llamar la doncella de Orleans.

Figuraóslo en camisa, porque los duques siempre se desvisten para meterse entre las sábanas; envuelto en el vaporoso lienzo del blanco calzoncillo, allá en las altas horas de la noche, cuando todo duerme, el niño en la cuna, la golondrina en el nido y el gendarme en su punto. Afuera, hay coches que pasan, cafés abiertos, teatros que se cierran, bailes que empiezan, duquesas que se desnudan, pero no para dormir como el duque, sino para ir desnudas á los bailes; afuera están *Boca de fresa*, la *Ranita*, *Lenteja*, *Grano de Mostaza*, *Atargea azul*, todas las heroínas que sostienen el derecho monárquico, sin miedo á la república plebeya. Y el duque piensa en sus compañeras de armas y suspira. Adentro, en su calabozo, no hay más que restos de la cena, botellas de Champagne, tabacos habanos, faisanes, trufas, . . . pero no hay cocotas! La espada del dolor traspasa el alma del joven cautivo, como la espada de sus abuelos traspasó la vaina en otro tiempo.

¡Y en qué momento! ¡Cuando el duque acaba de llegar de Suiza, de ver montes, de oír el *Lohengrin*, de tomar mucha leche; cuando su abuelo heroico, el que mató al tío abuelo del cautivo duque, el hijo del que deshonró y tuvo entre cadenas á la tía bisabuela del mismo hermoso y elegante prisionero, en una palabra, cuando el grande, el santo, el heróico Montpensier, acaba de morir violentamente en el campo de batalla de su comedor.

¡Decid todos los que paséis por el camino de Ixtacalco, si puede haber dolor que iguale al suyo!

Porque, en resumen, hermanos míos, el martirio que padeció la otra doncella de Orleans, fué un martirio vulgar. A ella la quemaron los ingleses; pero ¿á quién no queman, hasta la sangre, los ingleses? Yo de

mí sé decir que en mi testamento he prevenido que se me ponga este epitafio en el monumento que los poetas agradecidos han de levantarme:

Yace el cura en este charco
Tras de innúmeros reveses!
Murió, como Juana de Arco,
Tostado por los ingleses.

Y antes de pasar adelante, hermanos míos, permítidme que eche un párrafo con mi querido amigo el inteligente crítico D. José María Barrios de los Ríos. Creerá el Sr. Barrios Ríos — el Sr. *Faubourgs de les Rivières*, como traduciría el que tradujo cierto informe de la comisión Exploradora de la República Mexicana—el Sr. Barrios de los Ríos creerá que eso de *charco* es ripio, porque no siendo yo, como no soy, sapo ni rana, no es probable que me entierren ó que me enaguen en un charco. Pero, voy á explicarme: Pienso hacer un viajecito á Chalco en uno de los vaporcitos de agua que se acaban de estrenar con un naufragio. Naturalmente pereceré. Por eso escribo:

Yace el cura en este charco. . . .

Porque yo le llamo charco al lago de Texcoco.

Ya sé que los señores Noriega han contratado en León una inundación y han pedido á Londres agua para el lago; pero como no puedo esperarme y por fuerza he de hacer el viaje en estos días, escribo y dejo escrito:

Yace el cura en este *charco*. . . .

Ve, pues, mi honorable amigo Barrios de los Ríos, que no hay ripio ninguno en mi epitafio. Ahora y con la venia de él, sigo hablando con mis oyentes.

¿Pensais, hijos míos, que para un duque es agradable quedarse sin asistir á la nueva opereta que la Theova á cantar? ¿Hay acaso mujer más mona en toda la redondez del universo? ¿Imaginan ustedes que eso de que le prohiban á uno derramar su sangre en tiempo de paz, aun cuando sea por la nariz, no es la más atroz y cruel de las sentencias?

¡Ah! . . . ¡Y sabe Dios qué otros tormentos guarda el destino, personificado en el gobierno, porque ese es ahora el único que puede destinar, á esta inocente criatura, á este niño cautivo, á este niño perdido y hallado en París!

¡Y si lo obligan á que copie los poemas de Berson! ¡Y si lo suscriben al *Heraldo*! ¡Y si contratan al tenor Goribar para que le cante *Lohengrin*!

Elevemos al cielo nuestras preces para que se apiade al fin del pobre mártir y se lo lleve al limbo si es preciso, antes que dejarlo en ese horno de la moderna Babilonia.

EL CURA DE JALATLACO.

PLATICAS DOCTRINALES.

LA BATALLA DE SAN JUAN.

Hemos hablado con varios de los prohombres ó caudillos del nuevo partido Iturbidista, del partido de las ganas, y gracias á la astucia y al talento conque supimos interrogarlos—salva sea la modestia—estamos en aptitud de publicar curiosas revelaciones.

El partido Iturbidista apoya un pie en el partido

guadalupano, capitaneado por Don José Joaquín Terrazas; otro pie en el partido clerical, representado, en la prensa, por la *Voz*; otro en el partido Santa-Annista; y el último, en el partido del Sr. Zuloaga.

Esta fusión y concentración de todas las grandes fuerzas nacionales alarmó y con justicia al supremo gobierno. De aquí el martirio impuesto al extraordinario alferez, al osado joven macabeo, que llora hoy en las catacumbas de Santiago.

Estuvimos, pues, amenazados de un muy serio conflicto. Venturosamente un niño de la cuna (de los que no maman y en consecuencia pertenecen al partido de las ganas) delató á sus compañeros. Pintar el terror y la consternación que se apoderaron del muy inteligente Sr. Carpio, director del establecimiento, es tarea superior á nuestras fuerzas. ¡Allí, en el seno de aquella benéfica institución, en los senos de las nodrizas, se había urdido y maquinado aquella infernal conspiración! Naturalmente, las primeras aprehensiones se hicieron en la casa de los niños recogidos, cuna del movimiento revolucionario. La prensa no pudo enterarse de los suplicios inquisitoriales á que fueron condenados los culpables, en razón de que todavía éstos no hablan y por lo tanto no ha sido posible *interwinvarlos*. Pero todavía se le eriza la carballeda es decir, la cabellera, al Dr. Carpio, cuando recuerda los sucesos de esa noche memorable.

A los principales autores del motín se les aplicó en todo su rigor la ley de Herodes: la degollación. Los cómplices y comparsas fueron inmediatamente destetados. Y á pesar de los gritos y de los clamores de las víctimas, el Gobernador del Distrito ordenó que á todos les arrancaran los *chupones*.

¡Imaginaos cuántas esperanzas muertas á un solo tajo del destino! Aquellos niños, muy más heroicos que los niños arrojados al horno de Babilonia, pensaban inaugurar su gran revolución, á semejanza del pueblo francés en 89, destruyendo la Bastilla: la Escuela Correccional. En seguida, á echar abajo todos los castillos feudales, todos los templos, todas las fortalezas, todos los grandes bastiones del Antiguo Régimen, ó, lo que es lo mismo, todas las escuelas. Luego, á las jugueterías, á desestancar la riqueza acumulada; luego, á romper los grillos de Titó, de Treviño, Domínguez y demás precoces socialistas; luego, á Tacuba, no para ponerse á las órdenes del Arzobispo, sino para buscar nodrizas más mocetonas y más guapas; y, por último. . . . ¡al zócalo!

El alferez Iturbide esperaba. La pluma que le había servido en sus mejores batallas, aguardaba envainada, porque esa pluma no puede jamás desenvainarse. ¡Cuán grandiosos proyectos se agitaban en su mente! Convertir en una gran sala de billares el Salón de Embajadores. . . . recortar los retratos de los presidentes que adornan esa misma galería, desprenderles los brazos y las piernas para clavárselos después con alfileres, de manera que pudieran moverse por medio de unas pítas, en el Senado, un gran boliche; y ¡todos los días diez y seis de Septiembre! ¡todos los días 5 de Mayo! ¡todos los días tambores y cornetas! ¡todos los días desfile de las tropas! ¡todas las noches fuegos artificiales! ¡en los teatros, comedias de magia nada más! ¡y mucho circo! ¡muchos toros! ¡la dicha, la felicidad, el porvenir de México!

Hé aquí el movimiento regenerador que habría estallado y vencido el próximo día de San Juan, sin la traidora delación del precoz López de la Cuna!

Hoy nuestro joven soberano yace en la paja húmeda del calabozo.

Donde no llega á su cegado oído
Mas que la triste y funeral plegaria
Que Sánchez Santos cantará por él.

Está solito. sólo y á obscuras, según cuentan, con lágrimas en los ojos, las buenas ancianas de la prensa conservadora, las que, de cuando en cuando, van á contarle algunos cuentos.

El Sr. Sánchez Santos no obtendrá ya la cartera que le había ofrecido el Príncipe. una cartera de piel de Rusia con su espejito, un peine y una navajita. Ya no serán obispos los monaguillos de Catedral y de la Colegiata! Matad el mal humor conque escribe nuestro querido compañero Monaguillo: ¡se le cayó la archidiócesis de México!

El plan revolucionario, sin embargo, dejó hondas huellas en la sociedad mexicana, es un nuevo elemento de transformación social. Ya los niños de hoy no están lo mismo que antes de la plana. . . . , es decir, del plan del Sr. de Iturbide. Habrá desaparecido el Plan de Palo Blanco; pero este Plan de los Palotes queda en pie.

En las escuelas del Ayuntamiento ya hay cada Mateos que canta el credo. Les ha caído en gracia á los chiquillos la obligación que les impuso, con su vida y ejemplo el alférez Iturbide, de emitir con franqueza su opinión sobre todos los actos del gobierno. Están muy ocupados.

Mi sobrino menor — Mateos ha de decir que es mi hijo, pero no, es mi sobrino — en lugar de copiar como estaba copiando las fábulas de José Rosas, le está escribiendo al Sr. Dublán sus opiniones sobre empréstitos. Yo

le rayo el papel, le corrijo la ortografía, le llevo la mano en los pasos difíciles y le quito con goma los borrones que deja en cada hoja. Mi sobrino es enteramente adverso á las doctrinas económicas de Bulnes y no puede ver á Casasús. . . . Y digo *mi* y digo *yo*, no obstante haber empleado antes *nos*, porque ahora no hablo como redactor del "Universal;" ni como obispo, puesto que todavía Terrazas no me cumple la empeñada palabra (¡el pobre Terrazas ha empeñado todo, hasta la palabra!) de confiarme una diócesis. No hablo tampoco como emperador Iturbide, sino sencillamente como cura. Y por eso digo *mi*; y por eso digo *yo*.

Pero volviendo á nuestro asunto, por lo antes dicho advertirán ustedes, que el susodicho plan dejó raíces en el seno de la juventud poco estudiosa y en el seno de las nodrizas. Seguimos amenazados aunque lo niegue el Sr. Manterola — padre de todas las escuelas de Tacubaya — de un movimiento revolucionario. Y lo peor que á estos nuevos trastornadores del orden público no podemos decirles:

— ¡Váyanse ustedes con dos mil demonios!

En el Infierno no les reciben todavía, porque aun no cumplen la edad prescrita por el reglamento de esa casa de beneficencia. Tenemos, pues, que mandarlos al Limbo, y este no me parece un castigo suficiente.

En la literatura sí ha sido útil la influencia del plan sietemesino. Mateos, con ese asunto, ha escrito un drama titulado: *La Monja Alférez*. porque á Mateos nadie le quita de la cabeza que este Alférez es la Monja Alférez. . . así como cree que Don Bernabé Loyola, presidente de la Cámara de diputados, descende en línea recta de San Ignacio de Loyola. . . . porque Mateos es-